



Estampa incompleta

Serafín Quiteño

Ramón
Hernández
Por
Quintanilla

y las travesuras de "El Señor Diablo"

Aunque resulta sumamente difícil enjuiciarlo en unas pocas líneas la personalidad de un escritor, periodista y poeta como Serafín Quiteño (de larga trayectoria en la vida cultural del país), cabe al menos señalar unos cuantos aspectos de su vida y su obra para obtener los elementos de juicio, a fin de situarlo en el lugar que le corresponde en el desarrollo del quehacer literario de El Salvador.

Serafín Quiteño surgió en el panorama periodístico del país allá por el principio de los años 30, cuando en unión de Rodolfo Córdón, fundó el semanario satírico "El Señor Diablo", en cuyas páginas destiló una fina ironía, saturada de intenso lirismo, para burlarse de engolosinados personajes, de falsas glorias de campanario, de pseudo-poetas y de políticos fracasados. Sus censuras y sus denuncias llevaron, en todo caso y circunstancia, el propósito de sanear instituciones y de buscar un positivo mejoramiento de nuestra existencia colectiva. Por aquellos días hubo una efervescencia popular, debido a las próximas elecciones presidenciales, y en tales circunstancias "El Señor Diablo", fue, burla burlando, un periódico orientador, una luz entre la niebla de las camarillas que se disputaban el poder. Allí Quiteño sentó su cátedra de humorista, pero con la ternura del poeta que ama a su país más allá del bien y el mal de los hombres.

"El Señor Diablo" es, sin lugar a dudas, una rara y preciosa joya en la historia literaria y política de El Salvador.

Otra de las frases importantes en las tareas periodísticas de Quiteño se relaciona con sus colaboraciones en el diario "Patria", fundado y dirigido por don

Alberto Masferrer y que después quedó en manos de Alberto Guerra Trigueros. En las páginas de ese periódico, Quiteño publicó una serie de perfiles humanos titulada "Siluetas al Tile", en las cuales ahondó profundamente en la psicología y el estilo literario de conocidos escritores salvadoreños, como Salarrué, Francisco Luarca, Gilberto González y Contreras, el mismo Guerra Trigueros y otros sujetos de igual categoría, quienes fueron enjuiciados en su justo valor junto con una parodia burlesca de sus producciones literarias.

En el desenvolvimiento de su vida periodística, Quiteño fue años más tarde Director del "Diario de Occidente" en la ciudad de Santa Ana. En el ejercicio de este cargo, combatió con energía una serie de lacras que infestan nuestra vida cotidiana. En varias ocasiones comprometió su seguridad personal al oponerse a disposiciones oficiales que iban en menoscabo de las libertades ciudadanas o de los abusos que ciertos individuos cometían contra sus semejantes, amparados en su prominencia económica y social. Su serie de artículos "Pistoleros Consentidos" merecieron el aplauso y la aprobación de una comunidad amenazada y la cólera de quienes tienen en un revólver su mejor garantía de hombres valientes, pero que son cobardes ante la fuerza del talento.

En el "Diario de Occidente", Quiteño modernizó la redacción y presentación de las informaciones y dio cabida a la producción literaria de jóvenes principiantes en el heroico oficio de las letras. Divulgó los trabajos de escritores, poetas, ensayistas y novelistas de mayor categoría en el panorama universal de to-

das las épocas. Pervive en la mente de las personas cultas, la brillante trayectoria de "Diario de Occidente" bajo la dirección de Serafín Quiteño.

De las últimas actividades en la vida literaria y periodística de Quiteño cabe señalar su diaria colaboración en "El Diario de Hoy" de San Salvador, en cuyas páginas publicó su columna "Ventana de Colores", firmada con el seudónimo de Pedro C. Maravilla. Aquí afloró en varias oportunidades el antiguo espíritu irónico de "El Señor Diablo". Incluyó estampas de costumbres salvadoreñas, criticó ciertas fallas de nuestro quehacer cotidiano, reprodujo viejas poesías de autores olvidados y más de alguna vez polemizó en el irrespeto y valentía que le sirven para decir su verdad, para dar rienda suelta a su sinceridad ante la conducta humana o frente a los acontecimientos.

Estos, son a grandes rasgos, los aspectos más determinados de Serafín Quiteño como periodista, como luchador al servicio de las causas más nobles y más urgentes en la vida de nuestro pueblo.

Ahora falta juzgarlo desde el punto de vista estrictamente li-

terario, como poeta y como excelente prosista. Aun dentro de esas labores presurosos y acuciantes del periodismo, nuestro personaje es dueño de un lenguaje ameno, depurado de rigurosos, sin caer en gramaticales esteriles. Logra preciosas síntesis de pensamiento y sabe transmitir ideas sin petulancias de dómene. Su estilo es claro y sencillo, con una sencillez que en ciertos momentos llega a la genialidad.

En poesía su lirismo es cosa íntima, muy personal, aun cuando a veces se explaya hacia el paisaje salvadoreño o hacia sus semejantes. Su recóndita voz está empapada de ternura, de risteza y de lágrimas. Una parte de su producción está volcada en las páginas de su libro "Corazón con S", cuyo título es una manera de irrespetarse a sí mismo, pero que no debe engañar a nadie, porque su contenido tiene toda la seriedad y toda la potencia que un verdadero poeta pone en sus estrofas.

Cuando fue Vicepresidente de la Asamblea Legislativa apoyó al grupo de ciudadanos interesados en la fundación de la extinta Dirección General de Bellas Artes y en la creación del Premio Nacional de Cultura, dotado generosamente con premios de ocho mil y cuatro mil colones, los cuales se otorgaron por espacio de 15 años a escritores, novelistas, poetas, ensayistas, pintores, escultores, etc., salvadoreños y centroamericanos.

Sin caer en exageraciones de ningún género, sin recurrir a diltiramos o hiperboles, puede asegurarse a la luz de la verdad, que Serafín Quiteño, por su producción literaria y por su conducta de ciudadano insobornable, es uno de los valores intelectuales de mayor relieve en la historia literaria de El Salvador. Reclamar un galardón que en pequeña parte recompense el producto de su talento y su consagración a enriquecer la vida espiritual de los salvadoreños es, sencillamente, hacer justicia a un digno ciudadano.

Una vida dedicada a las Letras

Juan Felipe Toruño

Por Alberto Orellana Ramírez

En los primeros días de este mes se conoció la noticia de que uno de los hombres que hizo de la literatura una disciplina de la vida, había muerto: Juan Felipe Toruño. Se fue a los 82 años de edad, después de peregrinar en la poesía, la narrativa y el ensayo.

Juan Felipe Toruño, fue un hombre incansable. Ejerció el periodismo durante 62 años y la actividad literaria por más de 50 años. En esta última actividad demostró gran capacidad creativa, habiendo publicado ocho libros de poesía, dos de novela, un libro de cuento, diecisiete de ensayo, cuatro de crónicas y cuatro de crítica, estudios y semblanzas.

En una entrevista casual que tuvimos en una oficina del Centro de Gobierno a principios de este año, me conversó que tenía inéditos unos estudios y ensayos que un día de estos los revisaría para publicarlos.

¡Toda una vida de actividad literaria!

Juan Felipe Toruño —como le gustaba que lo llamaran— a pesar de poseer un Doctorado Honoris Causa. Además, era Premio Nacional de Cultura, galardonado que obtuvo en 1957, con el ensayo: "Desarrollo Literario de El Salvador", y su obra "El Silencio" (novela) se hizo acreedora al primer premio en el "Certamen del Libro Americano", de Matanzas, Cuba, en 1938.

Toruño, en su trato diario era amable, abundante en la conversación, pero cuando se trataba de literatura era exigente en el estilo y el lenguaje, severo en la cuestión gramatical.

Recuerdo que a fines de la década del 50 y principios de la del 60, nos abrió su página literaria semanal de "Diario Latino" a los jóvenes que constituimos el Círculo Literario "Oswaldo Escobar Velado". Cuando lo buscamos para que nos permitiera publicar en su página nuestro "Manifiesto Literario" y diera cabida a nuestras colaboraciones, él nos ofreció sus consejos y cooperación, nos puso una sola condición: que los trabajos

que publicáramos tuvieran alguna calidad. Nunca —que recuerde—, nos censuró los trabajos, aun cuando sabía que nuestra concepción literaria tenía un alto espíritu social. En aquella época, casi todos los del Círculo estábamos influidos —en alguna medida— por Neruda, Miguel Hernández, García Lorca, Malacovski, Kafka, Kazantzakis y qué decir del poeta de quien tomó el nombre el Círculo.

—oooOooo—

Con el correr de los años, de nuevo me vuelvo a encontrar con el literato y periodista, pero esta vez para tratar los pormenores de la publicación del libro "Poemas Andantes" y de una segunda edición de su novela "El Silencio", en la Editorial Universitaria, donde quien esto escribe fungía como Director.

Fue en esa segunda oportunidad cuando pude penetrar un poco en el espíritu de su hacer literario. Me di cuenta que era una persona reiterativa en los conceptos, pulcro en el estilo y rico en el lenguaje, que buscaba el equilibrio entre el contenido y la forma de sus escritos. Trocaba su amabilidad por el ceño cuando se deslizaba involuntariamente algún error.

Querido lector, no pretendo resumir una biografía, de suyo extensa y rica en matices y experiencias, ni un retrato de Juan Felipe Toruño, sino contar en voz alta algunas vicisitudes de este destacado hombre de letras, ¡nicaragüense por nacimiento y salvadoreño en la creación literaria! que se ha ido; pero de quien se puede decir que conoció la psicología e idiosincrasia del pueblo, de donde tomó los personajes de su creación. Un pueblo al que trató de primera mano, y dejó plasmado en su vasta obra con su testimonio de cárceles, destierro y muerte (en aparente ficción literaria), pero con profundo contenido de realidad palpante y trascendente.

San Salvador, septiembre de 1980.

De Corina Bruni

A Don Juan Felipe Toruño

Si su verso plasmó su fantasía o fue ella la que plasmó su verso... si iluminó su vida la poesía, tendrá que habitar hoy un cielo terso.

Si el amor lo arrulló con su ternura o hubo en su existir desilusiones, si saboreó del beso la dulzura... salió ya vencedor de mil ciclones.

Su fiel pluma que no descansó nunca se mueve todavía en la penumbra recordando su obra jamás trunca.

Duerme, don Juan Felipe, con el sueño eternamente azul del que vislumbra en las nubes los lauros de su empeño.

Agosto 31, 1980.

Filosofía, Arte y Letras